

A lo largo de los capítulos anteriores hemos visto qué elementos incorporó el cinismo a su literatura, y de qué modo los combinó entre sí, dando lugar a composiciones originales que constituyen una de las manifestaciones más interesantes de la cultura de los siglos IV y III a. J. C., aunque, paradójicamente, deban su origen a un movimiento que se presentó como “contra-cultural”. Hemos visto también cómo estas composiciones pasaron a formar parte de la tradición literaria de la antigüedad y sirvieron de base para que hombres que no llevaban zurrón ni manto ni báculo, que poseían, a veces, grandes extensiones de terreno y ricos palacios, construyeran sátiras, diálogos y sermones con los fines más variados. Valdría la pena seguir, paso a paso, la formación de este *kynikòs trópos*, estableciendo qué debió a Antístenes, qué a Diógenes, qué a Menipo o a Bión. Por desgracia, lo poquísimo que nos ha llegado de la producción de los primeros cínicos convierte en imposible esta labor. De todos modos, podemos asegurar que cuando Varrón empezó a redactar sus *Menippeae* y, seguramente, incluso mucho antes, cualquier hombre culto, conocedor de las corrientes literarias de su época, tenía la noción de que existían determinados temas, tópicos, recursos y géneros que hundían sus raíces en el cinismo.

Cuando Varrón, en su sátira *Testamentum*, da tutores a los hijos de su ingenio malévolamente diciendo *e mea Φιλοσθηβία natis, quos Menippea haeresis nutricata est, tutores do 'qui rem Romanam Latiumque sugescere uultis'* (fr. 542 B), en el concepto de *Menippea haeresis* late algo distinto de una mera referencia a una determinada doctrina. No se trata de una alusión al ideario de Menipo —hay muchísimas sátiras del que fue llamado *Cynicus Romanus* que no tienen nada que ver con el pensamiento cínico—, sino a su modo de concebir la sátira. Fueron fundamentalmente los medios, los recursos estilísticos menípicos los que fecundaron la imaginación de Varrón. Esta *Menippea haeresis* es un aspecto del *kynikòs trópos*; en este sentido, podría hablarse también de una *Bionea haeresis* en Horacio, en Dión de Prusa, en San Pablo. Cuando Horacio se refiere en su epístola a Floro (II, 2) a la diversidad de los gustos humanos en materia literaria, nos dice: *hic delectatur iambis, / ille Bioneis sermonibus et sale nigro* (v. 59 s.). Este *sal nigrum* está, como ha notado Fraenkel,¹ en estrecho contacto con la alusión a Bión que le precede: el padre del Boristenita era *ταριγέμπορος* (D. L., IV, 46). La “sal negra” biónica es paralela a la *Menippea haeresis*

1. E. Fraenkel, *Horace*, Oxford, 1966, pp. 6 ss.

de que nos habla Varrón. Cada cual se refiere, a su manera, a la quintaesencia del autor admirado e imitado. Es a este espíritu inconfundible que flotaba en las obras nacidas de las primeras generaciones de cínicos a lo que aluden los dos satíricos romanos, conectando con él sus propias producciones.

II

En el siglo iv a. J. C. —“recapitulación agónica” de los valores atenienses² y presagio de la renovación helenística— la actitud cínica prelude, a su manera, las diversas filosofías de salvación que iban a marcar los nuevos tiempos. Como ideario no llegó a presentar jamás la coherencia del epicureísmo, de su cultivado descendiente, el estoicismo, o del neoplatonismo. Pero compensó esta falta de coherencia con la creación de una literatura originalísima: las demás escuelas no dieron origen a nada parecido. Les faltó la audacia de los que habían hecho de la inversión de valores la clave de su programa; les faltó la imaginación de los que se habían propuesto hablar al pueblo de tú a tú. Por ello su literatura pudo servir de punto de partida, de fuente de inspiración, con independencia del didactismo que la empapaba. Por ello puede hablarse de un *kynikòs trópos* y no de un *trópos* epicúreo o de un *trópos* neoplatónico, con independencia de lo puramente doctrinal.

En el mundo helenístico la literatura cínica ofreció un rotundo contraste con lo que se escribía en otras esferas: frente a los complicados himnos de Calímaco, frente a las violentas pasiones de Medea, Cércidas defiende el valor de lo cotidiano y la conveniencia del amor de una ramera; frente a los pastores de porcelana de los idilios de Teócrito, Fénix esgrime la poesía del mendigo, la vida elemental del vagabundo. El radicalismo de la utopía de Crates pasó pronto y quedó el amor hacia lo sencillo, lo frugal, y una literatura dedicada a glosarlo que nada tenía que ver con las obras “de sabios” que se gestaban en otras esferas, en la corte de los Ptolomeos.

Claro que en los seis siglos que le quedaban de vida al mundo antiguo no faltaron los que se entregaron en cuerpo y alma, reproduciendo el ejemplo de Diógenes, a la vida cínica. Pero ya no influyeron en el *kynikòs trópos*: las raíces de este estilo habían sido echadas ya. No es de extrañar, pues, que el más representativo exponente del “estilo cínico” en el siglo ii d. J. C., Luciano de Samosata, detestara a Peregrino Proteo, que —a diferencia del escritor— llevaba una vida auténticamente cínica. El caso de Luciano resulta ilustrativo por otra razón: mucho se ha discutido acerca del sentido del humor que impregna sus opúsculos. ¿Va realmente encaminado a enseñar, a demoler, o pretende pura y simplemente hacer reír? ¿Es *spoudogéloion* o solamente *géloion*? En el momento en que Luciano compone sus opúsculos menípicos esta pregunta carece de sentido. Aunque Luciano no se sintiera animado por un propósito didáctico claro, el

humor que utiliza *es spoudogéloion*, es un humor que extrae su fuerza de la seriedad de los temas tratados. El de Samosata pretende hacer reír con un recurso cómico que le viene dado, que toma de un acervo tradicional que se remonta a las burlas de Crates y de Menipo. Por más que Luciano no pretendiera hacer reflexionar seriamente a sus lectores cuando se reía de la caducidad de la belleza y de la inutilidad del oro, lo cierto es que la caducidad de la belleza y la inutilidad del oro son temas intrínsecamente serios. Fue la tradición cínica la que los vinculó a la risa, formando un compuesto inseparable que el de Samosata utilizó, aunque no albergara al hacerlo los mismos propósitos que Crates.

Tal vez sea este *spoudogéloion* la palabra clave a la hora de definir el *kynikòs trópos*: todos los demás componentes del mismo, desde la abundante utilización de la parodia hasta el ritmo renqueante de sus coliambos, se explican en función de esta aspiración. En este sentido, los cínicos enseñaron a la cultura europea que no hay tema, por serio que nos parezca, que no pueda ser tratado humorísticamente y ello sin hacerle perder un ápice de su seriedad. La risa del cínico no va sólo dirigida contra el universo de los valores detestados: el cínico es, ante todo, un maestro en reírse de sí mismo. Por ello se siente con derecho a reírse de todo lo demás. La tradición había consagrado ya la figura de Demócrito como la del filósofo risueño frente a la gravedad, también proverbial, de Heráclito. Pero la carcajada cínica suena de otro modo, porque en ella late la irreverencia de unos hombres que, como los animales de que nos habla Whitman, “no sudan ni se quejan de su condición, no permanecen despiertos tendidos en la oscuridad ni lloran por sus pecados, no me fastidian discutiendo sus deberes para con Dios, ninguno está insatisfecho, ninguno enloquece con la manía de poseer cosas, ninguno se arrodilla ante otro ni ante uno de su especie que vivió hace miles de años, ninguno es ‘respetable’ e industrioso sobre la faz de la tierra...”

Tales fueron los hombres que sentaron las bases de un estilo literario —y utilizamos aquí la palabra “estilo” en su sentido más amplio— destinado a proveer de temas y recursos a muchos escritores posteriores: en la mayoría de ellos el mensaje cínico ha desaparecido o se ha fosilizado, convirtiéndose en un tópico incapaz, por sí solo, de mover a nadie a la reflexión, pero, a pesar de todo, el cordón que une sus obras con las de los primeros cínicos no se ha roto, por más que se haya podido adelgazar, descolorir o enredar inextricablemente con influencias llegadas de otros ámbitos. En este trabajo hemos intentado reconstruirlo y exponerlo, subrayando los diversos hilos que le dan cuerpo (temario, géneros, parodia...). Si con nuestra labor hemos conseguido en alguna medida avivar el interés por cuanto concierne al cinismo y a su reflejo en la literatura, nos damos por ampliamente satisfechos.